

Rafael Reyes-Ruiz, *La herencia*

Columbia (EEUU): La Pereza Ediciones, 2020. 244 pp.
ISBN: 9781623751524

Joseph Wager / Stanford University

La herencia encuentra el equilibrio justo entre el género detectivesco y el relato de viajes. Gracias a ese equilibrio, la última novela de Reyes-Ruiz activa tanto lo visceral como lo cerebral, de modo que también reta la sentencia de Roland Barthes, según quien el suspenso se hace sentir en el cerebro y no en las vísceras. Adriana y Tony trabajan en un club nocturno tokiota, pero un día deben huir por haber incumplido un arancel oscuro de los yakuza. Terminan los dos, por separado, en Dubái y todo parece resuelto económicamente ya que, por esas mismas fechas, muere el abuelo de Adriana, quien le hereda un mueble valioso que le cae de perlas. La venta del mismo podrá saldar la deuda, pero la trama deriva en un “caso muy complejo” acerca del origen del mueble (72).

Dicho mueble es una suerte de escritorio español tallado que es conocido como bargueño. Con el mueble Reyes-Ruiz nos recuerda la pluralidad ibérica, su catolicismo y raíces islámicas y judías. Además, indexa la violencia que marcó la búsqueda peninsular por la pureza de sangre/fe, pues sigue la sombra de los hispano-árabes y los conversos en los negocios que se arman en torno al bargueño; un profesor vinculado a un poderoso empresario de Dubái afirma que se debe “aclarar el origen y la identidad de la cultura material de Al-Ándalus”, mientras que Adriana discurre sobre la posibilidad de haber heredado sangre cripto-judía (144). Así, la novela satisface los requisitos del género detectivesco en la época de la globalización: pseudónimos, mafiosos, relaciones con las élites de la sociedad de Dubái, secuestros vistos desde rascacielos, doppelgängers, una reunión familiar inesperada en Goa, un abogado colombiano con poder y sin escrúpulos, una persecución en coche, guiños a la cultura japonesa (*Sonatine*, Soji Shimada) y una dosis de sexo.

Para darle la vuelta del género al género, volvamos al inicio de la huida. Es menester tomar en cuenta que el catalizador del argumento de la novela es cuando Adriana facilita el escape de una mujer “del edificio donde vivían la mayoría de las damas de compañía y bailarinas extranjeras” de las garras de la mafia (25-26). Los modelos de Europa del Este o América Latina son el sustento económico de Tony y Adriana, y aunque ninguno de los dos es retratado como un o una proxeneta involucrado en la prostitución, la posición de las modelos dentro de la red internacional de trata de personas no se aclara del todo. Nos es lícito preguntarnos

hasta qué punto la historia del bargueño, su procedencia y su circulación, remarca la procedencia y la circulación de los modelos, los seres humanos. Sin revelar demasiado, la forma en que la novela sitúa el bargueño como encrucijada de la materialidad, la corporalidad y los juegos políticos es imprescindible a la hora de cuestionarnos sobre el trasfondo del mundo de las modelos. Dibuja la ficción un mundo oscuro, poblado tanto de trabajadoras que aprovechan un sistema global para exportar un producto como de jóvenes contratadas bajo falsos pretextos y obligadas a realidades nefastas. Esta tensión funciona como un telón de fondo que impulsa la trama y provoca una reflexión sobre la trata de personas. En pocas palabras, el énfasis en los cuerpos está magistralmente implícito en la lucha por fijar el origen del bargueño.

Si bien el posible origen del bargueño desempeña el papel de señalar el problema de circulación humana, no podemos pasar por alto que el legado histórico-cultural del bargueño desata una búsqueda de identidad y se revela como cifra geopolítica. Tomemos el caso de Tony, un colombo-estadounidense que fue “traductor de japonés en Nueva York” y ahora vive en Dubái. Tony hace notar el “parecido engañoso” que tiene con su papá (102; 222). Se pregunta sobre el sinfín de veces que lo confundieron con un kurdo, un árabe, un israelí; se pregunta si realmente es colombiano. Reyes-Ruiz sigue ensanchando horizontes de reflexión crítica sobre el mundo contemporáneo con la imbricación de esta autorreflexividad identitaria con los juegos políticos (y militares) y la producción de conocimiento. En este último sentido, la lucha intelectual por el origen del bargueño, desde las salas de una biblioteca en el Medio Oriente o un museo latinoamericano, se vincula, en vista del “final del conflicto armado”, con la contratación de mercenarios colombianos para que ejerzan su oficio en el exterior, sobre todo en Yemen (170). El bargueño demuestra la sedimentación de prácticas culturales, de experiencias políticas, de guerras y persecuciones. No es azar que la construcción de “un anexo” en un museo bogotano sea parte de una “estrategia de negocio conjunta en el área de minería” con una empresa de Dubái (140).

La historia empieza en un aeropuerto, ese espacio cargado de circulación, control y conectividad. Un dato paratextual de *La herencia* nos remite al Aeropuerto El Dorado: antes de llegar a la zona de aduanas, las vitrinas ostentan una agenda cuya portada reclama que se escribe COLOMBIA y no

COLUMBIA. Traigo esto a colación porque sería fácil ignorar la ciudad en donde se imprime una novela. Sin embargo, para esta, el hecho de imprimirse en la ciudad estadounidense de *Columbia* se convierte en una pista más, no tanto del origen del misterio, sino de la madeja identitaria sobre la que el autor indaga ejemplarmente desde la primera página. En fin, la novela tiene la identidad como norte, pero también

como su oriente. Y por eso, al situarla en estas locaciones, Reyes-Ruiz aporta al género detectivesco y estimula discusión sobre la literatura mundial. Sus páginas hacen brillar las huellas de la marea de la globalización, al mismo tiempo que hacen patente su larga historia.